

FUNCIÓN DEL PASTO EN LOS ESPACIOS NATURALES PROTEGIDOS Y SU ENTORNO.

Villar, L.; Montserrat, P.
Instituto Pirenaico de Ecología, CSIC
Apartado 64. 22700 Jaca (Huesca)

RESUMEN

El pasto, la vegetación natural consumida por rebaños especializados, movidos además por una población humana integrada, deberá completar y «rodear» tantos espacios naturales destinados a la conservación. La montaña, en especial si es insular, mantiene muchas plantas y animales peculiares que forman comunidades originales, con una gran diversidad biológica y cultural que ahora ya se aprecia en lo que vale. Urge forzar los estudios experimentales, para conseguir una nueva agronomía más integrada y además creadora de paisaje, que deberá recomponer también a la cultura rural valiosa que ahora se pierde, precisamente cuando más necesaria es para garantizar la estabilidad de los ecosistemas implicados.

PALABRAS CLAVE

Insularidad, orofitismo, reservas, agronomía ecológica, educación, diversidad.

INTRODUCCIÓN

El pasto nos reúne ahora y quisiéramos presentarlo como un «comodín paisajístico», el símbolo de una especialización ancestral que logró conservar su naturalidad y ahora puede contribuir a una gestión agropecuaria regeneradora tan deseada. Para destacar las conexiones en unos sistemas ecológicos de montaña caracterizados por su ais-

lamiento, a continuación veremos una serie de ideas introductorias.

Nació el pasto como fruto de la explotación por animales, o sea, reacción compensadora de tantas extracciones; así, las plantas sufrieron mutilación drástica o suave- por absorción de sus jugos (pulgonos), del néctar o polen (abejas), por recorte foliar (orugas), más el ramoneo tan discriminado que diversifica, y finalmente la pación que fuerza el renuevo. Se comprende que además el césped denso exija un pisoteo y abonado por animales gregarios (bovinos, ovinos y caprinos).

Para mantener un pasto estable y productivo se necesita el ambiente adecuado, reserva de suelo, agua y fertilidad, junto con el uso cíclico que propicia la renovación de fitomasa, más una producción de raicillas activas, como son las que captan inmediatamente la fertilidad liberada por bacterias. Como véis, este césped corto y denso de los climas templados, ya no es característico de todos los ambientes que vamos a considerar.

Por evolución de los organismos en su sistema, se favorecen las adaptaciones, tanto fisiológicas como estructurales o sociales en rebaños, pero también de la comunidad humana que aprendió de ellos y supo manejarlos (pastoreo inteligente con distintos tipos de ganado, abonado, riegos, etc.). En el suelo, cuando la topografía proporciona los aportes necesarios (vega y glacis con agua freática refrescante), se facilita el trabajo de los trituradores y

mineralizadores, recuperando fertilidad para reverdecir con rapidez. Por lo tanto, son muchos los factores bien trabados y ordenados en secuencias de ladera (cuesta), pero además según el uso por fitófagos y el hombre que culmina un largo proceso evolutivo.

La etología «protocultural» en manadas y rebaños, más la del hombre, integrado y con su cultura ganadera, modelaron los paisajes: se aprendió sufriendo y reparando errores, hasta lograr unos ajustes refinadísimos, con defensas automatizadas tales como son las rutinas y otras aportaciones compensadoras. Más tarde, los abusos antisociales consumen o contaminan y ponen el sistema en peligro. Así, la desertización en aumento es fruto de la rotura de tanto equilibrio natural como antes existía.

En la montaña, con desniveles, tormentas seguidas de gran sequía y un calor sofocante, es lógico que sin agronomía ganadera especializada, resulte más difícil la conservación. Pero también el orofitismo incrementa las oportunidades y además condiciona tanto el comportamiento animal como humano. Precisamente ahora se aprecia más ese conjunto abigarrado que garantiza la estabilidad; es algo muy valioso para planear la gestión natural que deberá mantener a tantas especies en su comunidad, y antes ya impulsó las culturas que pudieron evolucionar «in situ» durante siglos. Todo ello peligrará en la actualidad, pues las tendencias modernas banalizan, desorganizan y uniformizan los paisajes. La insularidad fomentó más aún dicha singularidad biológica y cultural. Las cumbres de cada isla crean unas condiciones añadidas muy adecuadas para la conservación de los táxones en su comunidad y, además, persisten los modos de gestión ancestral, en especial si la comparamos con la de otras áreas en tierra baja.

La proliferación actual de los Parques y Reservas en Canarias -más de 100 espacios naturales protegidos-, es bien significativa, pero hace falta cuidar ciertos detalles, sobre todo los relacionados con la gestión de dichas áreas que deberían progresar a partir de los usos tradicionales, para crear nuevas culturas autóctonas.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

Como materia o punto de partida, tenemos ahora en Canarias, y en toda España, muchos Parques y Reservas, unos paisajes protegidos de gran valor ecológico, donde predominan los procesos naturales, con unas poblaciones humanas ciertamente li-

mitadas por dicha «reserva», pero a las que también se abren unas posibilidades que debemos potenciar. Por una parte, sus actuaciones agropecuarias pueden servir de modelo para el resto del territorio y por otra, se tiende a integrarlas en la gestión conservadora: pastoreo controlado, vigilancia, actividades turísticas y de servicios, limpieza, etc.

En España existen aproximadamente unos 465 territorios bajo numerosas figuras de protección, lo cual supone en torno al 5,7 % del territorio, esto es más de 2,5 millones de Ha (Ruiz de Larramendi et al., 1992). Muchos de ellos están en áreas montañosas, por lo general forestales y ganaderas. Así, en el Pirineo se trata de unas 700.000 Ha, que representan el 14% de la superficie pirenaica francesa, española y andorrana (Villar, 1994). Ya quedan pocos valles sin etiqueta de protección, y sigue creciendo el número de dichos espacios.

Esta preocupación por la conservación de tanto paisaje singular, con sus especies más destacadas o su recurso natural más llamativo, tiende, por medio del concepto de Biodiversidad, hacia la conservación global del territorio. Ello implica una reserva total en áreas limitadas, con recuperación del Patrimonio natural en otras próximas, y mantenimiento de la estabilidad de los procesos ecológicos en el uso de recursos del Planeta, o sea, la célebre «agronomía sostenible».

Muchos de estos espacios tienen definidas sus zonas periféricas de protección e incluso las «áreas de influencia socioeconómica». La superficie afectada es entonces mayor y hasta ella llegarán las actuaciones por gestión ampliada de los citados espacios.

Así las cosas, ya tiene sentido de modernidad el mantener las actividades pastorales en los Espacios Naturales protegidos y su zona de influencia. Indudablemente deberán subvencionarse para proponerlas como ejemplo del uso racional, limpio, fomentador de dicha biodiversidad y capaz de disminuir la fragilidad propia de muchos ecosistemas de montaña. Ello resulta especialmente válido para comunidades leñosas, entre la selva impenetrable y el matorral pastoreado, ya que dichas acciones consumidoras dificultan el fuego y pueden frenar la erosión al aumentar el tapiz herbáceo.

Por otra parte, la población humana autóctona, sufre también impactos tan variados como destructores. Llegados a este punto parece necesario potenciar esa banda o zona intermedia de gestión extensiva que aprovecha la protección del Parque.

«garrigue», «sarda» o coscojar, como un método económico, natural y estable, de prevenir los incendios. Agricultura y ganadería ecológicas serán por lo tanto recreadoras del paisaje estable y encauzadoras de una productividad diversificada, enriquecedora, natural y limpia, basada en nuestra propia energía, con los recursos propios del terreno. Las asociaciones de agricultura biológica tales como Bio Lur de Navarra, más su Asociación nacional; las cooperativas andaluzas que aspiran a producir productos vegetales y animales sin pesticidas, ni otras materias industrializadas; la revalorización de los productos «verdes» o artesanos; el reciclado de tantos productos orgánicos e inorgánicos (basuras, plásticos), etc., son algunos ejemplos que ya indican un reflujó de la agricultura productivista y abren oportunidades inéditas para la gestión pastoral extensiva.

Parece conveniente contemplar con ilusión esa perspectiva desde los organismos que gestionan los Espacios Naturales protegidos. Con ese planteamiento positivo evitaríamos la pérdida de muchas cultivares de plantas, razas rústicas de animales y antiguos modos de vida logrados hace tiempo por la interacción planta-herbívoro-hombre-medio físico y biológico.

En la revista Pastos desarrollaremos y ampliaremos esas ideas con referencias bibliográficas, pero ahora deseamos preparar la discusión con todos vosotros, para ver si es posible concretar en casos particulares la casuística esbozada por nosotros, unos ecólogos alejados en el espacio de la realidad canaria, pero muy sensibilizados respecto a la evolución cultural en islas y montañas segregadas de

la uniformidad banalizadora. Lejos de considerarlas como áreas marginales y marginadas, creemos que tendrán un puesto destacado en la gestión global del territorio.

CONCLUSIÓN

Necesitamos por lo tanto, «laboratorios naturales», unos lugares aptos para culturalizar a la juventud deseosa de naturaleza y paisajes bellos, no contaminados. Los sistemas complejos deben ser estudiados al completo, en su salsa y los equipos de investigación exigen un Modelo como instrumento adecuado, verdadero paradigma que otros utilizarán y servirá para el progreso generalizado.

Ya no es sólo el momento actual propicio para dichos ensayos, sino que también necesitamos utilizar a fondo los «capitales naturales» de clima, suelos, plantas, animales y cultura. Entendemos que eso es agronomía de siempre, pero sin los contaminantes generalizados, ni tantas perturbaciones como afectan a la dinámica natural del sistema completo y situado.

Entre una reserva integral y los campos labrados actuales -tan destructores del suelo natural por su labor reiterada, más los herbicidas e insecticidas que consumen lo ahorrado- existen otras opciones apropiadas para rodear las selvas y matorrales de una orla poco inflamable, que además será consumida y potenciada con naturalidad por los fitófagos adecuados.

Volver a utilizar muchas áreas montañosas ahora vacías de ganado, es un gran reto para los especialistas en pastos, que sin duda deseamos lo mejor para nuestras islas y montes.

BIBLIOGRAFÍA

- BARBERO, M. et al. (1988). Perturbations et incendies en région méditerranéenne française. Monografías del Instituto Pirenaico de Ecología 4: 409-419.
- RUIZ DE LARRAMENDI, A. et al. (1992). Espacios naturales protegidos de España. Incafo, Madrid. 826 pp.
- VILLAR, L. (1994). Espacios Naturales Protegidos. Ponencia presentada en los Primeros Encuentros Pirenaicos para el Medio Ambiente y el Desarrollo. Andorra, 17-19 Noviembre de 1994 (en prensa).

THE PASTURE'S FUNCTION TO PROTECT NATURAL PARKS AND SURROUNDING AREAS. SUMMARY.

Many pasture lands grazed by well adapted animals and clever shepherds, would be complementary of the natural protected areas. Islands and mountains are preserving many special plants and vegetal communities, making a high diversity, not only biological but also anthropological. In order to protect a suitable landscape, we must improve many interdisciplinary studies in the surroundings of these Reserves, from an ecological and agricultural point of view.

KEY WORDS

Insularity, mountain, biological reserves, ecological agronomy, education, diversity.

Esa reserva de naturalidad creará el gradiente adecuado de usos, entre las actividades agropecuarias intensivas, en la parte baja más alterada, y las más o menos conservadoras, que deberíamos recuperar en los sectores medio y alto.

Por lo tanto, proponemos estudios de praticanza en sentido amplio, no sólo como técnica agronómica, sino también atendiendo la evolución cultural autóctona, todas ellas apoyadas en los reductos de vegetación existentes. La educación para esa renovación naturalística exige unos métodos apropiados que descubrirán y potenciarán en las islas unos capitales humanos insospechados, pero asequibles con relativa facilidad. Es un aspecto metodológico interdisciplinar (antropología cultural, agronomía, sociología rural, etnobotánica...) que ahora destacamos y nos gustaría discutir.

En otras palabras, esta metodología debe descubrir las actividades ganaderas que fueron útiles hasta fecha reciente, y conocer su distribución geográfica e historia, junto con sus rasgos adaptativos que tanto se relacionan con la diversidad ambiental mencionada. Se trata de unos conocimientos básicos para organizar experimentos viables y transmitirlos al joven que deberá mover sus rebaños a la perfección, aprovechando las complementariedades de sus montes.

Diréis que soñamos y ciertamente resulta difícil lograr, en nuestra época del «saber compartimentado», esa integración de unas técnicas correctas en la cultura humana más elemental, y hacerlo además ante el deslumbramiento de la expansión turística reciente. Sin embargo, la masificación agota ya ciertos recursos como el agua y por este camino pronto puede llegar la necesidad. Por fin, la Unión Europea, después de tanto productivismo y especialización, atiende ahora la cultura tradicional con usos etnobotánicos, más la integración demostrada por cada cultura rural, es decir, todo lo que represente una relación estrecha, duradera, del hombre y sus rebaños con el paisaje que le rodea.

DISCUSIÓN Y PERSPECTIVAS

En determinados Parques o áreas montañosas se han prohibido todos los usos o aprovechamientos tradicionales y la experiencia nos enseña que así aumenta el incendio catastrófico. Un uso adecuado por herbívoros, en especial los que ramonean, es también natural de suerte que no existen selvas sin sus animales consumidores, pero bien diversificados y con una infinidad de adaptaciones mutuas.

Entre la selva con árboles elevados y el césped o los matorrales apurados por herbívoros, existe una gama extraordinaria y todos pueden ser naturales si el agente consumidor permanece o coevoluciona con los productores primarios. Por este procedimiento se han logrado casi en todas partes paisajes reticulados, una mezcla de matorral-pasto que debe tamponar los impactos del exterior al bosque y favorecer el ambiente nemoral o confinado del interior. Con frecuencia los arbolillos y arbustos de dicha «orla protectora» resisten el fuego y sólo quemar en casos excepcionales. Para mantener dicha reticulación y ampliarla de una manera ordenada, sólo cabe dirigir correctamente a los animales ramoneadores.

Mantener las funciones esenciales de dicha orla con tantas estructuras paisajísticas protectoras del sistema selvático, será función esencial de las modalidades agropecuarias del futuro. En las Reservas o su cercanía, tendremos la oportunidad de mantener, recuperar y propagar unos arbustos o matas valiosísimos de la flora canaria, algunos reducidos quizás a escasos individuos en peligro de extinción.

En el caso concreto del paisaje actual canario, debemos potenciar el pasto leñoso que tolera un suelo recalentado y evita la respiración exacerbada del brote tierno que necesita ser refrescado por el viento. No obstante el pastoreo de arbustos es delicado y el animal puede acabar con su «pasto» por consumo reiterado, sin dejar un reposo reparador. Volvemos a lo que motiva nuestra comunicación, a la necesidad de crear unos hábitos adecuados en animales y pastores, una «protocultura» de animal viejo, la de los guías que deben conducir al animal joven más productivo, junto con esos pastores jóvenes culturalizados en montañas adecuadas y con los medios óptimos para lograr un desarrollo sostenido. Las lluvias intensas en noviembre-marzo, suelen producir en Canarias un pasto efímero que será consumido antes de que cundan los rehúos secos al aumentar el calor del suelo y la respiración vegetal. En este ámbito, el pastoreo eficaz, bien dirigido, es el mejor antídoto del incendio que con hierba seca puede pasar al matorral y bosques.

Si en los montes mediterráneos no hubieran desaparecido con tanta brusquedad las cabras, seguramente los incendios catastróficos que han asolado Cataluña, Levante o Aragón este verano de 1994, hubieran sido más reducidos; hace años, nuestros colegas del Languedoc (Barbero et al., 1988) ya recomendaban reintroducir esta ganadería en su